



## El regreso de Artemis II: ¿La especie que explora o la que destruye?

El regreso a la Tierra de la misión Artemis II, previsto para hoy, tiene algo de simbólico que trasciende lo estrictamente técnico. No estamos sólo ante la culminación exitosa de una compleja maniobra de ingeniería aeroespacial, sino también ante un recordatorio emocional de hasta dónde puede llegar la humanidad cuando decide mirar hacia arriba en lugar de ensimismarse en sus propias fracturas.

Este retorno nos devuelve una imagen de nuestra capacidad colectiva. El calendario, siempre caprichoso, añade una capa adicional de significado: el amerizaje casi coincidirá con el sexagésimo quinto aniversario del vuelo de **Yuri Gagarin**. El 12 de abril de 1961, aquel hombre se convirtió en el primer ser humano en desafiar la gravedad, ascendiendo a 327 kilómetros sobre la superficie y orbitando el planeta durante 108 minutos que cambiaron nuestra historia para siempre.

Desde aquel momento fundacional, menos de 700 personas han tenido el privilegio de cruzar la línea de Kármán, esa frontera convencional, a cien kilómetros de altitud, que marca el inicio del espacio. Esa cifra, diminuta frente a los miles de millones de almas que habitamos el globo, subraya el carácter extraordinario de cada misión tripulada.

Artemis II ha logrado colocar de nuevo la exploración espacial en el centro de la imaginación colectiva. En tiempos de incertidumbre global, conviene recordar que la investigación del espacio no es un lujo caprichoso ni un desperdicio de recursos, sino una inversión estratégica que genera beneficios tangibles en nuestra vida cotidiana.

Desde los avances críticos en las telecomunicaciones y la navegación satelital hasta las innovaciones en nuevos materiales, medicina de precisión y eficiencia energética, buena parte del andamiaje tecnológico contemporáneo hunde sus raíces en los programas espaciales de décadas pasadas. Plantear un dilema moral entre gastar en viajes espaciales o invertir en el desarrollo económico es una falsa disyuntiva. La historia nos demuestra que ambos procesos son complementarios y se refuerzan mutuamente de maneras que a menudo no somos capaces de prever en el corto plazo.

La exploración del cosmos responde a una pregunta existencial de fondo sobre el futuro de nuestra especie. Si aspiramos a extender nuestra existencia en el largo plazo, más allá de los límites de un planeta finito y vulnerable, tarde o temprano tendremos que contemplar la posibilidad de habitar otros mundos.

Con su periplo alrededor de la Luna, Artemis II no representa todavía ese salto definitivo, pero constituye un eslabón esencial en una secuencia de pasos que apuntan en esa dirección. Cada dato recopilado contribuye a construir el conocimiento necesario para que las futuras generaciones puedan dar ese salto con seguridad. En esta ocasión, las imágenes han sido parte central de la experiencia compartida. La misión nos ha permitido contemplar la Luna desde ángulos y con una resolución visual que jamás habíamos tenido en una misión tripulada. Esas fotografías, lejos de ser meros registros científicos fríos, han tenido un efecto casi catártico: nos han recordado que seguimos siendo capaces de realizar proezas colectivas que rebasan fronteras, ideologías y conflictos locales.

Resulta evocadora la reflexión del piloto **Victor Glover** al describir la Tierra como una nave espacial en la que todos viajamos juntos por el vacío cósmico. La imagen adquiere una fuerza renovada al provenir de alguien que ha visto la fragilidad de nuestro hogar desde la distancia. Pensar en la Tierra como una nave compartida implica reconocer nuestra interdependencia.

Por eso, hay algo melancólico en el cierre de esta misión. Mientras Artemis II nos mostraba lo mejor de nuestro ingenio, las noticias desde Oriente Medio nos recordaban, con una crudeza insoportable, lo peor de nuestra condición. Somos una especie capaz de orbitar la Luna y, simultáneamente, de destruir ciudades con una eficacia aterradora. El regreso de Artemis II es, en última instancia, una invitación a decidir qué tipo de especie queremos ser: la que explora y trasciende o la que se consume en su propia violencia.

